



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Castelgandolfo

Domingo 4 de agosto de 1996

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Un gran elemento de unidad entre el cristianismo de Oriente y el de Occidente es la veneración común a los *Padres de la Iglesia*. Con esta expresión se indica a los santos de los primeros siglos, en su mayoría también pastores que, con su predicación y su reflexión teológica, defendieron la fe de las herejías y desempeñaron un papel decisivo en el encuentro entre el mensaje evangélico y la cultura de su tiempo. La Iglesia los considera testigos cualificados de la tradición. Algunos de ellos son auténticos *gigantes* en la historia del pensamiento cristiano y de la cultura universal.

La fascinación de la época de los Padres se debe también al *fecundo intercambio* que se realizó entonces entre Oriente y Occidente.

Una gran influencia tuvieron, en particular, dos escuelas, que surgieron en Oriente: en *Alejandro* de Egipto y en *Antioquía* de Siria. En una, la exégesis de las Escrituras se realizaba principalmente según el método alegórico; en la otra, por el contrario, se prefería el método histórico-literal. En consecuencia, las dos escuelas desarrollaron *puntos de vista complementarios* en la reflexión sobre las verdades de la fe, en particular sobre el misterio de la Encarnación. En Alejandro, donde dejó un signo imperecedero el genio de Orígenes, se ponía el acento en la gloria del Verbo hecho hombre; en Antioquía se subrayaba la verdadera humanidad que él había asumido. Ambas perspectivas son esenciales para captar la identidad de Jesucristo, tal como la profesa la fe eclesial.

2. Gran parte de ese pensamiento llegó al Occidente cristiano, suscitando un intercambio vital entre las comunidades orientales y latinas. Por eso, sería difícil hacer una distinción neta entre ambas tradiciones durante esos siglos; más aún, contraponiéndolas, se las forzaría. La Iglesia se enriquece de ambas. Entre las grandes figuras de Oriente baste recordar a los tres santos «jerarcas»: *san Basilio Magno, san Gregorio Nacienceno y san Juan Crisóstomo*. Dieron una contribución inestimable a la profundización de la visión cristiana de Dios, subrayando que, por su naturaleza inefable, está por encima de todos nuestros pensamientos, pero, al mismo tiempo, es aquel que vino a nosotros, en la historia de la salvación, abriéndonos los secretos de su vida trinitaria, y dándose en el Verbo encarnado y en la efusión de su Santo Espíritu. Era una reflexión sobre Dios y, al mismo tiempo, una reflexión sobre la *dignidad del hombre*, formado a imagen del Creador y llamado a vivir, en Cristo, como hijo en el Hijo.

Los grandes padres y doctores de Occidente, desde san Ambrosio, pasando por san Agustín y san Jerónimo, hasta san Gregorio Magno, prosiguieron el camino, llegando a ser igualmente beneméritos en la penetración del misterio. Eran voces diversas, pero convergentes, al servicio de la única verdad cristiana. El pensamiento patristico fue verdaderamente una gran sinfonía de pensamiento y de vida.

3. Amadísimos hermanos y hermanas, dejémonos guiar por la Virgen santa para descubrir este patrimonio inmenso y siempre actual. *Los Padres nos hablan todavía*, y merecen que los valoremos cada vez más en la teología y en la formación cristiana. Verdaderos imitadores de la Madre de Dios, nos brindan el ejemplo de una inteligencia que nunca fue especulación árida, sino que se conjugó con la oración y la santidad. Siguiendo su escuela, nos resultará más fácil secundar el Espíritu de Dios, que llama con fuerza a los creyentes a realizar la perspectiva de la plena unidad eclesial.

Después del Ángelus

Saludo cordialmente a los peregrinos de diversos países de lengua española presentes en esta plegaria mariana. Que la Virgen María os proteja, os ayude a crecer continuamente en la vida de gracia y os guíe al encuentro salvador con su Hijo. A vosotros y a vuestros seres queridos os imparto con afecto la bendición apostólica.